

## La Cartera

Rafael Barrett 1876-1910

Cuentos Breves, 1911

El hombre entró, lamentable. Traía el sombrero en una mano y una cartera en la otra. El señor, sin levantarse de la mesa, exclamó vivamente:

– ¡Ah! es mi cartera. ¿Dónde la ha encontrado usted?

– En la esquina de la calle Sarandí. Junto a la vereda. Y con un ademán, a la vez satisfecho y servil, entregó el objeto.

– ¿En las tarjetas leyó mi dirección, verdad?

– Sí, señor. Vea si falta algo...

El señor revisó minuciosamente los papeles. Las huellas de los sucios dedos le irritaron. “¡Cómo ha manoseado usted todo!” Después, con indiferencia, contó el dinero; mil doscientos treinta; sí, no faltaba nada.

Mientras tanto, el desgraciado, de pie, miraba los muebles, los cortinajes... ¡Qué lujo! ¿Qué eran los mil doscientos pesos de la cartera al lado de aquellos finos mármoles que erguían su inmóvil gracia luminosa, aquellos bronces encrespados y densos que relucían en la penumbra de los tapices? El favor prestado disminuía. Y el trabajador fatigado pensaba que él y su honradez eran poca cosa en aquella sala. Aquellas frágiles estatuas no le producían unaimpresión de arte, sino de fuerza. Y confiaba en que fuera entonces una fuerza amiga. En la calle llovía, hacía frío, hacía negro. Y adentro la llama de la enorme chimenea esparcía un suave y hospitalario calor. El siervo que vivía en una madriguera y que muchas veces había sufrido hambre, acababa de hacer un servicio al dueño de tantos tesoros... pero los zapatos destrozados y llenos de lodo manchaban la alfombra.

– ¿Qué espera usted? -dijo el señor impaciente.

El obrero palideció.

– ¿La propina, no es cierto?

– Señor, tengo enferma la mujer. Deme lo que guste.

– Es usted honrado por la propina, como los demás. Unos piden el cielo, y usted ¿qué pide?

¿Cincuenta pesos, o bien el pico, los doscientos treinta?

– Yo...

– ¿Qué le debo ceder de mi dinero? ¿El cinco por ciento, el diez? ¿Le debo algo? ¡Conteste!

¿Qué parte de su fortuna deben los ricos a los pobres? ¿No se lo ha preguntado usted nunca?

Si le debo algo, ¿por qué no se lo tomó? ¡Hable!

– No me debe usted nada...

– Y sin embargo, esperaba usted un mendrugo, un hueso que roer. No: usted es un héroe: ama la miseria, desprecia el dinero. Pero los héroes no mendigan propinas. ¡Vaya un héroe, que no se atreve a clavarme la vista, ni a sentarse en presencia del vicioso! Yo adoro los vicios; comer calandrias traídas de Europa, trufas, foie gras, beber Sauternes, Pommardi y Mumm -¿comprendes?- y entreabrir los más delicioso muslos de mujer con que jamás soñaste, y colgar en mi cuarto pinturas que valen lo que el resto de la casa. Yo no miento como tú; yo digo claro lo que me gusta, lo que conquisté. Y no lo conquisté devolviendo carteras, y pidiendo limosnas.

El señor se divertía excesivamente. El obrero empezó a temblar.

– El honrado espera la propina. La espera de mi bondad, es decir, de mi cobardía. Yo no soy de los que sueltan cien pesos para consolarse de tener un millón. No te daré un centavo. ¿Honrado, tú?

Eres despreciable y perverso. ¿Honrado, tú, que has tenido en la mano la salud de tu mujer, la alegría

de tus niños y has venido a entregármela?

El obrero vio en los ojos azules del señor algo glacial y triste: la verdad; y siguió temblando. El señor cogió los billetes de la cartera y los arrojó al fuego. Ardieron, y el obrero ardió también de repente. Agarró el cuello del capitalista y trató de echarle a tierra para pisotearlo. Pero no pudo; su enemigo estaba bien alimentado y hacía mucha esgrima en el club; el infeliz intruso fue dominado, alzado en vilo, lanzado del aposento, precipitado por las escaleras, despedido a la calle, donde llovía, donde hacía frío y caía la noche...

Y el señor sonrió considerando que por algunos instantes había convertido un esclavo abyecto en hombre, él, que tan acostumbrado estaba al fenómeno inverso.

---

## GdL 14.12.18 texto 2/3

# La Gran Cuestión

Rafael Barrett 1876-1910

*Cuentos Breves*, 1911

El banquero dio en el cigarro, para desprender la ceniza, un golpecito con el meñique cargado de oro y de rubíes.

— Supongo -dijo- que aquí no nos veremos en el caso de fusilar a los trabajadores en las calles.

El general dejó el cóctel sobre la mesa, y rompió a reír:

— Tenemos todo lo que nos hace falta para eso: fusiles.

El profesor, que también era diputado, meneó la cabeza.

— Fusilaremos tarde o temprano -dictaminó-. Por muy poco industrial que sea nuestro país, siempre nos quedan los correos, el puerto, los ferrocarriles. La huelga de las comunicaciones es la más grave. Constituye la verdadera parálisis, el síncope colectivo, mientras que las otras se reducen a simples fenómenos de desnutrición.

El general levantó su índice congestionado:

— Sería vergonzoso limitar el desarrollo de la industria por miedo a la clase obrera.

— La tempestad es inevitable -agregó el profesor-. Las ideas se difunden irresistiblemente. ¡Y qué ideas! Cuanto más absurdas más contagiosas. Han convencido al proletariado de que le pertenece lo que produce. El árbol empeñado en comerse su propio fruto... Observen ustedes que los animales suministradores de carne son por lo común herbívoros. El Nuevo Evangelio trastorna la sociedad, fundada en que unos produzcan sin consumir, y otros consuman sin producir. Son funciones distintas, especializadas. Pero váyales usted con ciencia seria a semejantes energúmenos. Los locos de gabinete tienen la culpa, los teorizadores y poetas bárbaros a lo Bakunin, a lo Gorki, que pretenden cambiar el mundo sin saber siquiera latín. Se figuran que el proletario tiene cerebro. No tiene sino manos; las ideas se le bajan a las manos, manos duras, que aprietan firmes, y que, apartadas de la faena subirán al cuello de la civilización para estrangularla.

— ¡Qué tontería, los pobres obstinados en ser ricos! -suspiró el banquero-. ¡Como si los ricos fuéramos felices! Estamos agobiados de preocupaciones, de responsabilidades. La fortuna es un obstáculo a nuestras virtudes. Nos es muy difícil entrar en el paraíso, cuando tan fácil les sería a ellos si se resignaran. Y no se resignan, no creen ya en Dios. Sin Dios, todo se desquicia. ¿Por qué no se conforman los pobres con su suerte, como nosotros los ricos nos conformamos con la nuestra?

— Ya no les basta el sufragio universal -dijo el profesor-. No les satisface esa ilusión que tan útil nos era. Ahora quieren arreglar por sí mismos sus asuntos. Nada más peligroso. — Las leyes son

deficientes -exclamó el general-. La ley debe asegurar el orden, y no hay orden posible sin trabajo. La asociación de agitadores, la huelga, son delitos. El trabajo no puede cesar. En el instante en que el trabajo cesa, el orden se destruye. El trabajo es santo, es un abnegado, como leí ayer. ¿Acaso el espectáculo de Buenos Aires sin pan, peor que si la sitiara un ejército, es un espectáculo de orden? Yo, militar, hubiera hecho fuego sobre los huelguistas.

Los hubiera considerado extranjeros, enemigos de la patria. ¡Sacrílegos! A mí, sin la patria no me sería posible vivir.

— Lo terrible no es que se nieguen a respetar y defender el orden establecido -dijo el profesor-, sino que, con el pretexto de que no tienen patria, viajen por otras patrias, llevando consigo la rebelión y la dinamita. Buenos Aires está plagado de anarquistas rusos. Y sigamos elevando salarios, y disminuyendo horas de labor, para que el obrero ¡maldita cultura superflua!, compre libros o aprenda a fabricar bombas.

— En lo que hicimos bien -notó el banquero-, fue en no autorizar aquí mítines contra la nación amiga, o contra las autoridades amigas. Es equivalente.

— Sí -apoyó el general-. Cualquier autoridad será amiga nuestra. Seamos lógicos. Lo confieso, yo estaré del lado de los cañones. No es sólo mi oficio, sino mi doctrina. Y si los rebeldes se resisten a construir cañones, obliguémosles a cañonazos. ¿Verdad?

Un criado anunció que el almuerzo se había servido. Los tres personajes pasaron al comedor, donde les esperaban las ostras y el vino del Rhin.

-----

## GdL 14.12.18 texto 3/3

### **El Hurto**

Francisco Pi y Margall, 1824-1901

*Dinamita Cerebral. Antología de los cuentos anarquistas más famosos, 1913*

(ya publicado anteriormente)

—¿Qué ocurre?

—Acaban de robarme una boquilla de ámbar que tenía sobre la mesa.

—¿Conoces al ladrón?

—Debió de ser uno que me refirió hace poco la mar de desventuras y terminó por pedirme una limosna.

—¿Se la diste?

—No; no me inspiran lástima hombres que pordiosean pudiendo vivir de su trabajo.

—¿Sabes que lo tiene?

—Se quejó de no haber encontrado hace tiempo en qué emplear sus fuerzas. ¿Vas a creerle?

—¿Por qué no? Están llenas las calles de jornaleros que huelgan.

—Los malos.

—Y los buenos. La crisis es grande. No se edifica y sobran millones de brazos.

—La crisis no autoriza el hurto.

—No lo autoriza, pero exige de la sociedad que socorra al que muere de hambre. Se estremece la tierra y vienen a ruina casas y pueblos; saltan de sus márgenes los ríos e inundan los valles. Suena al punto un clamoreo general por que se corra en ayuda de los que padecieron por la inundación o el terremoto. ¿Por qué ha de permanecer muda la sociedad ante los dolores de los que sufren, en apagados hogares y míseros tugurios, las consecuencias de crisis que no provocaron?

—Tratas en vano de disculpar el hurto; consentirlo es ya un crimen. No puede blasonar de cultura la nación donde la confianza falta y la propiedad pelagra.

—¿Qué harás entonces con tu presunto hurtador?

—No haré; hice, mandé que le detuvieran y le llevarán a los tribunales.

—¡Por una boquilla de ámbar! ¿Y si resulta inocente?

—No a mí, sino al tribunal corresponde averiguarlo.

—¿Y te crees hombre de conciencia? Reflexiona sobre el mal que hiciste. Has llevado la perturbación, la zozobra y la amargura al seno de una familia. Has impreso en la frente del acusado y de sus hijos una mancha indeleble. Puso el Dios de la Biblia un signo en Caín para que no le matasen; pone la justicia un signo peor en los que caen bajo su férula. Será inútil que se los manumita; los nublará eternamente la sospecha y los apartará de los otros hombres. ¡Ay de él y de los suyos si por falta de fiador entra en la cárcel! Mantenía él la lumbre del hogar, bien trabajando, bien pordioseando; deberán ahora los hijos ir mendigando para su padre y recibirán en no pocas puertas ultrajes por dádivas. Quisiste castigar al que supones ladrón y sin saberlo ni quererlo descargaste la mano en seres que ningún mal te hicieron.

—¿Debo, pues, consentir que me roben?

—Te diré lo que Cristo respecto a la mujer adúltera: castiga al que te robó si te consideras exento de pecado.

—¡Cómo! ¡Cómo!

—Ves la paja en el ojo ajeno y no la viga en el tuyo.

—¿Me llamas ladrón?

—Ejerciste un tiempo la abogacía. ¿Estás seguro de haber proporcionado siempre tus derechos a tu trabajo? Eres hoy labrador: ¿vendes los frutos de tu labranza por lo que cuestan?

—¡Me ofendes! Nada tomé ni tomo contra la voluntad de su dueño.

—Lo tomaste ayer aprovechándote de la ignorancia de tus clientes y lo tomas hoy aprovechándote de la necesidad de tus compradores, como ese desdichado tomó la boquilla de ámbar aprovechándose de tu descuido.

—No castiga ni limita ley alguna los hechos de que me acusas.

—Tienes razón: la ley no castiga al que hurta sino al que hurta o defrauda sin arte.

—Eres atrabiliario como ninguno. ¿Quién, a tu juicio, podrá decirse exento de pecado?

—Nadie; lo impide la actual organización económica. Para los hurtadores sin arte bastan los presidios; para los hurtadores con arte, no basta el mundo.

---

### Para comparar (lecturas opcionales):

## **El Cambiazo**

Mario Benedetti 1920-2009

*La Muerte y otras Sorpresas, 1968*

Mierda con ellos. Me las van a pagar todas juntas. No importa que, justo ahora, cuando voy a firmar la decimoctava orden de arresto, se me rompa el bolígrafo. Me cago en la putísima. Y el imbécil que pregunta: «¿Le consigo otro, mi coronel?». Por hoy alcanza con diecisiete. Ayer Vélez recobró la libertad convertido en un glorioso guiñapo: los riñones hechos una porquería, un brazo roto, el ojo tumefacto, la espalda en llaga. Ya designé, por supuesto, la correspondiente investigadora para que informe sobre las irregularidades denunciadas por ciertos órganos de la prensa nacional. Algún día tendrán que aprender que el coronel Corrales no es un maricón como sus predecesores sino un jefe de policía con todo lo que hace falta

hipnotizada frente al televisor, Julita no se atreve ni a parpadear. No es para menos. Lito Suárez, con su rostro angelical y sus puñitos cerrados, ha cantado «Siembra de luz» y enseguida «Mi corazón tiene un remiendo». Grititos semejantes a los de la juvenil teleaudiencia salen también de la boca de Julita, quien para una mejor vocalización acomoda el bombón de menta al costado de la muela. Pero ahora Lito se pone solemne: «Hoy tengo una novedad y se llama «El cambiazo». Es una canción y también es un juego. Un juego que jugaremos al nivel de masas, al nivel de pueblo, al nivel de juventud. ¿Qué les parece? Voy a cantarles «El cambiazo». Son sólo cuatro versos. Durante la semana que empezará mañana, lo cantaremos en todas partes: en las aulas, en la calle, en la cama, en el ómnibus, en la playa, en el café. ¿De acuerdo? Luego, el domingo próximo, a esa misma hora, cambiaremos el primero de los cuatro versos. De las propuestas por escrito que ustedes me hagan llegar, yo elegiré una. ¿Les parece bien?». Síiiiiii, chillaba la adicta, fanática, coherente adolescencia. «Y así seguiremos todas las semanas hasta transformar completamente la cuarteta. Pero tengan en cuenta que en cada etapa de su transformación, la estrofa tendrá que cumplir una doble condición: variar uno de sus versos, pero mantener un sentido total. Es claro que la cuarteta que finalmente resulte, quizá no tenga el mismo significado que la inicial; pero ahí es justamente donde reside el sabor del juego. ¿Estamos?» Síiiiiii. «Y ahora les voy a cantar el texto inicial.» Julita Corrales traga por fin el bombón para no distraerse y además para concentrarse en la memorización del Evangelio según San Lito. «Paraquená dieeee loimpida, paraquetuá mooooooor despierte, paravosmí voooooooz rendida, paramisó loooooo quererte.» Julita se arrastra hasta la silla donde ha dejado el draipén y el block, anota nerviosamente la primera variante que se le ocurre, y antes de que el seráfico rostro del cantante desaparezca entre los títulos y los créditos finales del programa «Lito con sus muchachos», ya está en condiciones de murmurar para sí misma. «Paraquevéen gaaaaaas querida, paraquetuá mooooooor despierte, paravosmí voooooooz rendida, paramisó loooooo quererte

decime, podridito, ¿vos te creés que me chupo el dedo? Ustedes querían provocar el apagón, ¿no es cierto? Seguro que al buenazo de Ibarra se la hubieran hecho. Pero yo soy un jefe de policía, no un maricón. Conviene que lo aprendas. ¿Tenés miedo, eh? No te culpo. Yo no sólo tendría miedo sino pánico frente al coronel Corrales. Pero resulta que el coronel Corrales soy yo, y el gran revolucionario Menéndez sos vos. Y el que se caga de miedo también sos vos. Y el que se agarra la barriga de risa es otra vez el coronel Corrales. ¿Te parece bien? Decímelo con franqueza, porque si no te parece bien volvemos a la electricidad. Sucede que a mí no me gustan los apagones. A mí me gustan los toquitos eléctricos. Me imagino que todavía te quedarán güevos. Claro que un poco disminuidos, ¿verdad? ¿Quién te iba a decir que los güevos de avestruz se podían convertir en güevos de paloma? Así que apagón. Buena pieza. Me imagino que ustedes, cuando conciben estas hermosas películas en que son tan cojonudos, también tendrán en cuenta los riesgos. Vos estás ahora en la etapa del riesgo. Pregunta número uno: ¿quién era el enlace para el apagón? Pregunta número dos: ¿dónde estuviste el jueves pasado, de seis a siete y veinticinco? Pregunta número tres: ¿hasta cuándo creés que durará tu discreción? Pregunta número cuatro: ¿te comieron la lengua los ratones, tesoro?

se muerde las uñas, pero lo hace con personalidad. Empieza por los costados, a fin de no arruinar demasiado la aceptable media luna creada por el fino trabajo de la manicura. De todos modos, se come las uñas y sus razones tiene. Lito Suárez va a anunciar cómo ha quedado «El cambiazo» después de la primera transformación. «Durante una semana todos hemos cantado la canción que les enseñé el domingo pasado. La oí cantar hasta en el Estadio. Hasta en la sala de espera del dentista. Muy bien. Justamente era eso lo que yo quería. Recibí cinco mil cuatrocientas setenta y tres propuestas para cambiar el primer verso. En definitiva, elegí ésta: Paraqueseá braaaaaaaa laherida.» Hiiiiiii, dice la muchedumbrita del Canal. «De modo que pórtense bien y canten «El cambiazo» desde ahora hasta el próximo domingo, tal como yo lo voy a cantar ahora: Paraqueseá braaaaaaaa laherida, paraquetuá mooooooor despierte, paravosmí voooooooz rendida, paramisó loooooo quererte.» Decepcionada, Julita deja de comerse las uñas. Su brillante propuesta quedó entre las cinco mil cuatrocientas setenta y dos desechadas. «Dentro de una semana sustuiremos el segundo verso. ¿De acuerdo?» Síiiiiii, chillaba la juventud.

el coronel muestra los dientes. «Sí, Fresnedo, estoy con ustedes. Las nuevas canciones son una idiotez. Pero, ¿qué hay de malo en eso? La verdad es que la muchachada se entretiene, se pone juvenilmente histérica, pide autógrafos, besa fotografías, y mientras tanto no piensa. Me imagino que también usted habrá escuchado la imbecilidad de esta semana. ¿Cómo es? Espere, espere. Si hasta yo me la sé de memoria. Paraqueseá braaaaaa laherida, paraquetuá moooooor despierte, paravosmí vooooooooooz rendida, paramisó loooooo quererte. Siempre es mejor que canten eso y no la Internacional.» «Perdone, mi coronel, pero usted no está al día. A partir del domingo pasado cambió el segundo verso. Ahora es así: Paraqueseá braaaaaaaa la herida, paraqueusé moooooos la suerte, paravosmí vooooooooooz rendida, paramisó loooooo quererte

por fin ha conseguido una imagen de Lito. Un ángel, eso es. Besa la foto con furia, con ternura, también con precauciones para no humedecerla demasiado. Papá se burla, claro. Papá es viejo, no entiende nada. Papá el pobre es militar, y se ocupa de presos, de política, de sanear el país. Papá no tiene sentido del ritmo, a lo sumo tararea algún tango bien calandraca. Papá no entiende a los jóvenes, tía Ester tampoco. La diferencia es que tía ni siquiera entiende a los viejos. Lito es divino, divino, y cómo nos entiende. Hiiiiiiiiiii. ¿Cómo sería papá a los dieciséis años? ¿Tendría las mismas arrugas y manías que ahora? Y a mí qué me importa. Lo principal es inventar el tercer verso. Tiene que acabar en ida. Por ejemplo: paratidés coooooooooooooo nocida, o también: paralanó cheeeeeeeeeeeen cendida, o quizá paratufé miiiiiii guarida. No, queda confuso. Y además no va bien con el cuarto verso, y Lito recomendó que siempre debía ser coherente. ¿Y si fuera: paratusuer teeeeeeee miherida? Qué estúpida. Ya el primer verso termina en herida. Tendría que acabar, digamos, en sorprendida. Ya está. Paratupiel sooooooooooor prendida.

Queda regio, regio el calor todo lo ablanda. Hasta las charreteras, el cinturón, la chaquetilla, la visera. Sólo las condecoraciones permanecen duras, indeformables. El calor penetra por las persianas y se instala en la frente del coronel. El coronel transpira como un sargento cualquiera, como la negra, ¿se llamaba Alberta?, a la que hace mucho (cuando él sólo era teniente Corrales) montó concienzudamente en un quilombo de mala muerte, allá por Tacuarembó. Vida podrida, después de todo. Cuando el viejo lo metió en el ejército, la argumentación incluyó encendidos rubros patrios. El viejo era ateo, pero sólo en cuanto a la pobre Iglesia; en lo demás, era religioso. La patria era para él un equivalente de la Virgen María. Sólo le faltaba persignarse cuando cantaba el himno. De entusiasmo sublime inflamó. Y al final resultaba que ser soldado de la patria no era precisamente defender el suelo, las fronteras, la famosa dignidad nacional, de los fueros civiles el goce defendamos el código fiel, no, ser soldado de la patria, mejor dicho, coronel de la patria, era joder a los muchachos, visitar al embajador, joder a los obreros, recibir la visita del subsecretario del secretario del embajador, joder a uno que otro cabecilla, dejar que los estimados colaboradores de esta Jefatura den rienda suelta a su sadismo en vías de desarrollo, insultar, agraviar, joder, siempre joder, y en el fondo también joderse a sí mismo. Sí, debe ser el calor que todo lo ablanda, hasta el orgullo, hasta el goce del poder, hasta el goce del joder. El coronel Corrales, sudoroso, ablandado, flácido, piensa en Julita como quien piensa en un cachorro, en un gato, en un potrillo que tuvo cuando era capitán en la frontera. Julita única hija, hija de viudo además, porque María Julia se murió a tiempo, antes de este caos, antes de esta confusión, cuando los oficiales jóvenes todavía tenían ocasión y ganas de concurrir al Teatro Solís, especialmente en las temporadas extranjeras, mostrando a la entrada la simpática medallita cuadrangular, y sentándose luego en el Palco donde ya estaba algún precavido y puntual capitán de fragata que siempre conseguía el mejor de los sitios disponibles, como, por ejemplo, la noche del estornudo, la noche en que Ruggiero Ruggieri daba su Pirandello en una atmósfera de silencio y tensión y a él le empezó la picazón en la nariz y tuvo conciencia de que el estornudo era inminente e inevitable, y se acordó del ejemplo de María Julia que siempre aguantaba tomándose el caballete entre el pulgar y el índice y de ese modo sólo le salía un soplido tenue, afelpado, apenas audible a veinte centímetros, y él quiso hacer lo mismo y en realidad cumplió rigurosamente todo el rito exterior y se apretó el caballete con el pulgar y el índice pero cuando vino por fin el estornudo en el preciso y dramático instante en que Ruggiero hacía la pausa más conmovedora del segundo acto, entonces se escuchó en la sala, y la acústica del Solís es realmente notable, sólo comparable a la de la Scala de Milán según los entendidos, se escuchó en la sala una suerte de silbato o bocina o pitido estridente y agudo, suficiente para que toda la platea y el mismísimo Ruggiero Ruggieri dirigieran su reojo al palco militar donde el

capitán de fragata hacía todo lo posible para que el público entendiera inequívocamente que él no era el dueño de la bocina. Sí, Julita, hija de viudo, es decir, Julita o sea la familia entera, pero cómo entender qué pasa con Julita. No estudia ni cose ni toca el piano ni siquiera colecciona estampillas o cajas de fósforos o botellitas, sino que oye de la mañana a la noche los discos de ese pajarón infame, de ese Lito Suárez con su cerquillo indecente y sus patillas indecentes y su dedito indecente y sus ojitos revoloteantes y sus pantalones de zancudo y sus guiños de complicidad, y por si eso fuera poco, hay que aguantarlo todos los domingos en el show de cuatro horas, «Lito y sus muchachos», como un nuevo integrante de la familia, instalado en la pantalla del televisor, incitando a la chiquillada a que cante esa idiotez, ese «Cambiazó», y después todas las caritas, más o menos histéricas, y el hiiiiiiiiiiii de rigor, y el suspiro no menos indecente de Julita, a su lado, sudando también ella pero feliz, olvidada ya de que su tercera propuesta ha sido también desechada como las otras y cantando con Lito y con todos la nueva versión del Cambiazó: paraqueseá braaaaaaaa laherida, paraqueusé moooooos lasuerte, paranosó troooooooooooooos lavidá, paramisé loooooooooooooo quererte

apaga la luz. Ha intentado leer y no ha podido. Pese a los fracasos, no puede renunciar a inventar el cuarto y decisivo verso. Pero la presencia de Lito, el ángel, es ahora algo más que una estrofa. El calor no afloja y ella está entre las sábanas, con los ojos muy abiertos, tratando de decirse que lo que quiere es crear el cuarto verso, por ejemplo: paravosmí maaaaaaa nofuerte, pero en realidad es algo más que eso, algo que más bien se relaciona con el calor que no cede, que lo enciende todo. Julita sale de entre las sábanas, y así, a oscuras, sin encender la luz, va hacia la puerta y le pasa llave, y antes de volver a la cama, se quita el pijama y aparta la sábana de arriba y se tiende bocabajo, y llorando besa la foto, sin importarle ya que se humedezca

menos mal que refrescó. Fresnedo se cuadra. «Vamos, olvídense por hoy de la disciplina», dice el coronel. Menos mal que refrescó. Cuando refresca, el coronel Corrales suele sentirse optimista, seguro de sí mismo, dueño de su futuro. «Desde que prohibimos los actos públicos, vivimos más tranquilos, ¿no?» «Sin embargo, hoy había un acto mi coronel, y autorizado.» «¿Cuál?» El del cantante.» «Bah.» «Vengo de la Plaza. Eran miles y miles de chiquilines y sobre todo de muchachitas. Verdaderamente impresionante. Decían que allí él iba a completar la canción, que allí iba a elegir el cuarto verso. Usted dirá que yo soy demasiado aprensivo, mi coronel, pero ¿usted no cree que habría que vigilarlos más?» «Créame, Fresnedo, son taraditos. Los conozco bien, ¿sabe?, porque desgraciadamente mi hija Julita es uno de ellos. Son inofensivos, son cretinos, empezando por ese Lito. ¿Usted no cree que es un débil mental?» Fresnedo abre desmesuradamente los ojos, como si de pronto eso le sirviera para escuchar mejor. En realidad, el griterío ha empezado como un lejano murmullo. Luego se va introduciendo lentamente en el inexpugnable despacho. El coronel se pone de pie y trata de reconocer qué es lo que gritan. Pero sólo es perfectamente audible la voz de alguien que está en la calle, junto a la puerta. Acaso el oficial, quizá un guardia exterior. «No tiren, que son criaturas.» El primer tiro suena inesperadamente cercano y viene de afuera. El coronel abre la boca para decir algo, quizá una orden. Entonces estalla el cristal de la ventana. El coronel recibe el tercer disparo en el cuello. Fresnedo logra esconderse detrás de la mesa cargada de expedientes, y sólo entonces puede entender qué es lo que chillan los de afuera, qué es lo que chillan esos mocosos y mocosas, cuyos rostros seráficos e inclementes, decididos e ingenuos, han empezado a irrumpir en el despacho: «Paraqueseá braaaaaaaa laherida, paraqueusé moooooooooos la suerte, paranosó troooooooooooooos la vida, paracorrá leeeeeeeeeeeeees lamuerte».

---

## Ahorcamiento de un Juez

Italo Calvino 1923-1985

*Ultimo Viene il Corvo, 1949*

Aquella mañana el juez Onofrio Clérico notó un aire distinto en el ir y venir de las gentes. Atravesaba todos los días la ciudad en un carruaje frágil, desde su casa hasta el Palacio de Justicia, y allí la gente llenaba las aceras, con aquel dejar caer cansadamente los hombros, los amontonamientos alrededor de las morenas vendedoras de castañas, los gritos de ciegos: lotería... millones... Y los golpes sordos de los cuadernos en

las carteras cuadradas de los escolares y las cestas rebosantes de berzas y apios roídos por las babosas.

Hoy parecía que algo distinto movía a aquella plebe: en las comisuras de los párpados aparecía el blanco del ojo en fríos triángulos y, entre los labios, los dientes. Y los abrigos y los chales trazaban contornos angulosos más netos sobre los hombros caídos: y el borde de las barbillas sobresalía por encima de los cuellos de los jerséis y sobre las solapas; y el juez Onofrio Clérico tenía una sensación creciente de incomodidad.

Hacía semanas que los signos trazados con tiza en las paredes de su casa se multiplicaban y crecían, dibujos de horcas y de hombres colgados de horcas, y los ahorcados llevaban siempre el birrete alto de juez, cilíndrico y ancho arriba, con un lazo redondo. Hacía tiempo que el juez Onofrio Clérico había comprendido que la gente lo odiaba y que murmuraba en la sala al oír la sentencia, y en las declaraciones las viudas gritaban más contra él que contra los acusados; pero él estaba seguro de lo que hacía, y también él los odiaba, odiaba a esa gentuza consumida, incapaz de responder en el tono justo en las declaraciones, que no sabía sentarse respetuosa del público, esa gentuza siempre cargada de hijos y de deudas y de ideas equivocadas: los italianos.

Hacía tiempo que el juez Onofrio Clérico había comprendido quiénes son los italianos: mujeres siempre embarazadas con niños cubiertos de costras en los brazos, muchachos de mejillas azuladas que cuando no hay guerra sólo sirven para desempleados y para vender tabaco en las estaciones, viejos con asma y hernia y manos tan llenas de callos que no pueden sostener la pluma para firmar el acta: una caterva de descontentos, de llorones y de pependieros, a quienes si no se les pone freno lo quieren todo para ellos y se instalarían por todas partes arrastrando a sus críos llenos de costras y sus hernias, y pisoteando cáscaras de castaña en el suelo.

Por suerte estaban ellos, la raza de las personas decentes, una raza de piel lisa y floja, de pelos en la nariz y en las orejas, de nalgas estables como cimientos sobre sillones tapizados, una raza tintineante de distinciones, condecoraciones, collares, impertinentes, gafas, aparatos acústicos, dentaduras postizas; una raza crecida durante siglos sobre los sillones barrocos de las cancellerías de antiguos reinos; una raza que sabe hacer las leyes y aplicarlas y hacerlas respetar en la medida en que le conviene; una raza unida por un secreto entendimiento, por un descubrimiento común: que los italianos son una gentuza asquerosa y que en Italia se estaría mejor si no hubiera italianos, o por lo menos si no se hicieran notar tanto.

El juez Onofrio Clérico llegó al Palacio de Justicia, que estaba viejo y medio desmantelado por los bombardeos, apuntalado por vigas podridas, con el revoque descascarado y los frisos barrocos del frontón derruidos. Como siempre en los procesos, se agolpaba delante del portón cerrado una multitud que los guardias metían en cintura. Se había hecho costumbre reservar el espacio del público a parientes y amigos del acusado y a personas en todo caso fiables y respetuosas; sin embargo, alguno de la multitud conseguía siempre introducirse en la sala y encontrar un lugar en los bancos del fondo, perturbando la audiencia con protestas y siseos. Los otros se quedaban afuera para alborotar con quejas y amenazas, y algunos llegaban a enarbolar carteles, y el jaleo llegaba por momentos a la sala, poniendo nervioso al juez Onofrio Clérico y confirmándolo en su odio hacia esos italianos tan petulantes e invasores en cosas que no conocen.

Aquel día, sin embargo, la multitud estaba insólitamente callada y compuesta y no se alzó de ella un murmullo hostil al ver bajar al juez Onofrio Clérico del destartado carruaje para entrar en el Palacio de Justicia por la puertecita lateral.

Ya en el interior del Palacio de Justicia, la sensación de malestar se calmó un poco en el corazón del juez: allí todos eran personas amigas, jueces y procuradores y abogados, gente decente, con su sonrisa tragada en la comisura de los labios y ese latido, en los costados de la garganta, como de branquias de rana. Eran gentes moderadas y tranquilas: en el gobierno y en todos los altos cargos del Estado había gentes así, de párpados bajos y gargantas de rana, y poco a poco los petulantes italianos entrarían en razón y se resignarían a las costras y a las hernias que soportaban desde hacía siglos.

Esperando el comienzo de la audiencia, mientras el tribunal se envolvía en las togas negras, un abogado con la cara llena de verrugas había sacado del bolsillo un periódico contra los italianos, y con grandes risas mostraba a los otros hombres de leyes grotescos dibujos donde los italianos eran representados como personas zafias y monstruosas, con gorras de visera y ridículos garrotes. Sólo uno de ellos no reía de los dibujos: era el nuevo secretario, un viejecito con la cabeza en forma de piña y apariencia afable y respetuosa:



los magistrados, uno por uno, iban desplazando los ojos congestionados de risa hacia la cara triste y arrugada del secretario y la risa se ahogaba en aquellas gargantas de rana. «Ese tipo no es de fiar», pensó el juez Onofrio Clérici.

Después entró el jurado. Los procesos que el juez Onofrio Clérici presidía en aquellos tiempos no eran los procesos habituales contra cuatro muertos de hambre, autores de robos con destrozos. Eran procesos contra gentes que habían hecho arrestar y fusilar a los italianos en tiempos de una guerra pasada, y el juez Onofrio Clérici, al oír el relato de sus casos, se había convencido de que eran gentes respetables, gentes que seguían sus propias ideas, gentes que todavía hacían falta para tener a raya a esos italianos palurdos, siempre demacrados y consumidos, siempre con el hambre en los huesos y sacando a relucir nuevas quejas.

Pero el juez Onofrio Clérici dominaba las leyes, leyes hechas siempre por ellos, por los hombres de garganta de rana, aun cuando parecieran hechas para favorecer a esos pobres diablos italianos; sabía que a las leyes se les puede dar la vuelta como se quiera y hacer llamar blanco al negro y negro al blanco. Entonces los absolvía a todos, y después de los procesos la multitud se quedaba en la plaza desgañitándose hasta tarde, y mujeres de luto lloraban con altos gritos a sus hombres ahorcados.

Mientras el juez Onofrio Clérici ocupaba su sillón, examinó al público: parecían todas gentes de fiar, gentes de dientes largos y salientes, de cuellos almidonados que cortaban la nuca, de cejas posadas en lo alto de las narices como pajarracos, y señoras de descarnados pescuezos amarillos que sostenían sombreros con velo. Pero ahondando la mirada el juez notó que toda la última fila de bancos estaba ocupada por una gentuza que se había entrometido a pesar de las disposiciones: pálidas muchachas de trenzas, mutilados con la barbilla apoyada en la muleta, hombres de ojos celestes rodeados de arrugas, ancianos de gafas remendadas con cordel, viejecitas arrebuajadas en sus chales. Esta última fila de bancos estaba un poco separada de la penúltima y los intrusos estaban sentados inmóviles, de brazos cruzados, y lo miraban todos a la cara, a él, el juez.

El malestar estrechaba cada vez más su cerco en torno al corazón del juez Onofrio Clérici. Había dos guardias a los lados del banco del tribunal que estaban allí sin duda para protegerles de las eventuales protestas de aquellos desesperados, pero tenían una cara diferente de la de los guardias habituales, una cara pálida y melancólica, con mechas de pelo rubio aplastadas por el borde del quepis. Y, además, ese secretario que parecía escribir por su cuenta, siempre inclinado sobre la mesa.

El acusado ya estaba en la jaula, impasible, con un traje pulcro y bien planchado. Tenía el pelo de un gris opaco cuidadosamente peinado, un pelo que nacía cerca de los ojos y de los pómulos; y unas pupilas clarísimas que parecían apagadas en el contorno un poco enrojecido de los párpados sin pestañas ni cejas; los labios eran protuberantes, pero del mismo color que la piel; al separarlos mostraba unos incisivos grandes y cuadrados. Bajo la piel afeitada la barba había dejado una sombra como de mármol. Las manos, agarradas con gesto calmo a los barrotes, eran de dedos gruesos y chatos como sellos de correos.

Empezó la audiencia. Los testigos eran los pobres diablos de siempre, gentecilla llena de quejas: gritaban, especialmente las mujeres, tendiendo el brazo hacia la jaula: «Es él... lo vi con mis propios ojos... dijo: “Ahí tenéis vuestro merecido, bandidos”... hijo único... mi Gianni... eso dijo: “No quieres hablar, perro, toma, ahí tienes”...».

Gentes que no saben hacer declaraciones como Dios manda, pensaba el juez Onofrio Clérici, gente desordenada, indisciplinada e irrespetuosa: en realidad aquel hombre en la jaula había sido un superior, y ellos no le habían obedecido. Ahora les daba una lección de comportamiento, impasible en aquella jaula, mirándolos con sus pupilas incoloras, sin negar, con un leve aire de tedio.

El juez Onofrio Clérici envidiaba esa calma. Su sensación de malestar iba en aumento. Afuera, los martillazos de los obreros que trabajaban en el patio del Palacio de Justicia le ponían nervioso. Sin duda estaban apuntalando el edificio siempre tambaleante: por las altas ventanas eclesiásticas de la sala se veían ejes y tablas transportados por brazos desnudos: «¿Por qué trabajarán mientras aquí se celebra una audiencia?», se preguntaba el juez Onofrio Clérici, y varias veces estuvo a punto de mandar al ujier para que les dijera que acabaran, pero cada vez algo lo contenía.

Gracias a los testimonios iba reconstruyéndose la escena del cargo más importante: una matanza de hombres y mujeres y viejos en la plaza de un pueblo después incendiado. Poco a poco la visión del cúmulo de cadáveres en medio de la plaza iba presentándose claramente ante los ojos del juez Onofrio Clérici; y él

interrogaba con meticulosidad y rigor para reconstruir la escena en sus detalles más ínfimos. Los muertos habían permanecido en la plaza un día y una noche, sin que nadie pudiera acercárseles; Onofrio Clérico pensaba en aquellos cuerpos amarillos y huesudos, en sus asquerosos trapos empapados de sangre grumosa, con grandes moscas negras que se posaban en los labios, en las narices. El público de la última fila seguía conservando la calma, quién sabe por qué; y el juez Onofrio Clérico, para vencer la turbación que le inspiraban, trató de imaginárselos, muertos y amontonados, con los ojos abiertos como agujeros y gusanos de sangre debajo de las narices.

—Entonces él se acercó a nuestros muertos —dijo un viejo testigo barbudo y encorvado—, yo lo vi: y se detuvo delante de ellos y les hizo a nuestros muertos algo que a mí me da asco hacerle a él: escupió.

El juez Onofrio Clérico veía a aquellos muertos italianos ya amarillos, los ombligos lívidos al aire, las faldas levantadas sobre las piernas huesudas, y sentía que la saliva subía también a sus labios. Miró los labios del acusado, hinchados y pálidos: sería magnífico ver asomar una perla de saliva entre aquellos labios, uno sentía casi la necesidad secreta de verlo. Y al recordarlo, el acusado separaba los labios, y sobre los dientes incisivos grandes y cuadrados aparecía una leve espuma; ah, cómo comprendía el juez Onofrio Clérico el asco del acusado, ese asco que le había hecho escupir a los muertos.

El defensor pronunciaba su arenga: era el hombrecito bajo y panzudo, con la cara llena de verrugas, que se divertía tanto con los dibujos contra la pobre gente. Elogió los méritos del acusado, su actividad de funcionario celoso, enteramente dedicado a la salvaguardia del orden: considerando todos los atenuantes, pidió el mínimo de años de pena.

El juez Onofrio Clérico no sabía dónde mirar durante la arenga. Si posaba los ojos en el público, enseguida le ponía nervioso la mirada de aquellos italianos del fondo, de ojos interminablemente abiertos hacia él. Y aquellos martillazos y aquellas tablas que no terminaban de pasar, afuera... Ahora, del otro lado de la ventana se veía una cuerda y dos manos que la desenrollaban como para ver cuán larga era. ¿Para qué podía servir aquella cuerda?

Ahora hablaba el fiscal. Era un hombre de huesos largos, que se apoyaba en las aristas salientes de las caderas y separaba unas quijadas caninas atravesadas por cortinas de baba. Comenzó a hablar de la necesidad de hacer justicia a los muchos crímenes cometidos en aquellos tiempos y de castigar a los verdaderos culpables; después añadió que el acusado no era por cierto uno de ellos y que no pudo sino haber hecho lo que había hecho. Terminó pidiendo la mitad de la pena requerida anteriormente por el defensor del acusado.

El público de las primeras filas aplaudió con un extraño ruido de huesos y nalgas. El juez Onofrio Clérico pensaba: ahora los del fondo gritarán. Pero seguían siempre inmóviles y atentos, váyase a saber qué les pasaba.

El jurado se retiró a la salita contigua para deliberar. Por una ventana de la salita se veía bien el patio y finalmente el juez Onofrio Clérico pudo entender el trabajo que habían hecho afuera con aquellas vigas y aquella cuerda. Una horca: habían construido una horca justo en medio del patio; ahora estaba terminada y allí se quedaba enjuta y negra, con el nudo corredizo colgando; los obreros se habían marchado.

«Estúpidos e ignorantes», pensó el juez Onofrio, «creen que el acusado ha sido condenado a muerte, por eso han levantado una horca. ¡Pero ya les enseñaré yo!». Y para darles una lección, propuso a la corte, empleando argucias jurídicas que sólo él conocía, que el acusado fuese absuelto. El Tribunal aprobó por unanimidad su propuesta.

A la lectura de la sentencia el más emocionado era el juez. Nadie pestañeó, ni el acusado con sus dedos como sellos postales ciñendo los barrotes, ni el público decente, ni los intrusos. Las muchachas pálidas y trenzadas, los mutilados, las viejas con sus chales, estaban de pie, la cabeza alta, formando un coro de miradas llameantes.

El secretario se acercó para hacer firmar la sentencia al juez; por la humilde tristeza con que le sometía las hojas parecía que le daba a firmar una condena de muerte. Las hojas: porque debajo de la primera, había una segunda cuyo margen inferior el secretario sólo descubrió cuando deslizó encima la otra. Y el juez firmó también ésta. Sentía sobre él las miradas llameantes de las gafas atadas con cordel, de los arrugados ojos celestes. Sudaba, el juez.

He aquí que ahora el secretario quitaba la primera hoja y la siguiente: debajo, en la segunda hoja, el juez

Onofrio Clérici leyó: Onofrio Clérici, juez, culpable de habernos insultado y escarnecido a nosotros, pobres italianos, es condenado a morir en la horca.

Los guardias de tristes caras rubias se pusieron a su lado. Pero no lo tocaron.

—Juez Onofrio Clérici —dijeron—. Ven con nosotros.

El juez Onofrio Clérici se volvió. Los guardias, uno a un lado, el otro a otro, sin tocarlo lo sacaron por una puertecita al patio desierto, hasta el pie de la horca.

—Sube a esa horca —dijeron.

Pero no lo empujaban.

—Sube —dijeron.

Onofrio Clérici subió.

—Mete la cabeza en el lazo —dijeron.

El juez introdujo la cabeza en el lazo corredizo. Los otros casi no lo miraban.

—Ahora, dale una patada al banco —dijeron y se fueron.

El juez Onofrio Clérici volcó el banquito y sintió que la cuerda le apretaba el cuello, que la garganta se le cerraba como un puño, que los huesos se le rompían. Y los ojos como grandes gusanos negros le salían de la cuencas de las órbitas, como si la luz que buscaban pudiera convertirse en aire, y entretanto la oscuridad se iba espesando en las pilastras del patio desierto; desierto porque la gentuza italiana no había ido siquiera a verlo morir.